



Servicio de Taxi
por Ana Flashner

La neblina espesa se levantaba a bastantes centímetros del pavimento, anunciándome un día frío y difícil. Eran apenas las seis de la mañana. Con el alba redimida, el ruido de la ciudad aún estaba semi-inmóvil. Los estertores de las estrellas eran destellos desenfrenados ahogándose con el tiempo que nos parecía urgente, aunque el viento nos indicara que era un día de trabajo, como todos los martes. La gran avenida de Tlalpan ofrecía las crudas imágenes del destierro de sus acostumbrados transeúntes.

Los días como éste, cuando vivimos con más intensidad los escombros del alba anunciándonos el invierno, con el sentimiento mojado en una lluvia finísima y persistente como el delicado hilado de la telaraña, me predisponen a la melancolía y a la reflexión. Son días en que se muere de un cansancio diferente: el insomnio de clientela. A la gente no le gusta mojarse; refunfuña cuando llueve, y, cobardemente, prefiere el vacío de la pasividad hogareña a la actividad en la vía pública. Estos son días de poca clientela para los taxistas. Los que salen, lo hacen para cumplir con necesidades imperiosas. Urgencias impostergables.

Por eso, la triste y esbelta figura vestida de negro que me hacía la parada en una de las esquinas, llamó enormemente mi atención. En medio de la bruma la figura femenina emergía como una extraña sirena pulsando nubes y espesuras cautivas de la hora temprana. Había algo extraño en esa figura de mirada vaga y suplicante. Parecía desangrar sus soledades en la desnudez de sus brazos, descubiertos a pesar del frío. Su larga cabellera rubia, peinada con una raya en medio, le caía sensualmente a ambos lados de los ombros. Sembraban dos cascadas de luz amarilla y enmarcaban el rosado óvalo de su rostro, dándole un toque de misterio.

Ante su tímido ademán, detuve el automóvil a disgusto conmigo mismo. Particularmente esa mañana no tenía deseos de iniciar mis dejadas tan temprano. La noche anterior había hecho un servicio especial desde las horas del crepúsculo hasta pasadas las dos de la mañana con un político ansioso por



divertirse. Lo habían llevado de un club nocturno a otro y me había dado una buena propina cuando lo dejé sano y salvo en su casa. En efecto, esa mañana me sentía con deseos de vagar por esos rumbos viendo paisajes, sin algún objetivo definido. Era bella la ciudad al amanecer, cuando los rugidos de motores no nos enloquecían con el tráfico fatigoso y laberíntico. La realidad se permeaba por entre la penumbra y la claridad naciente como un fruto bueno y sabroso. La podredumbre caía sobre el alma alrededor de mediodía. Esas eran las horas de la inquietud, la impaciencia, la irresponsable osadía y el cinismo. El olvido y las tristes ganas de llorar eran obra del anochecer. Yo no quería el olor de las callejuelas llenas de mentira a esa hora. Por eso, a pesar de haberme desvelado había salido para fugarme con la niebla. En mi espíritu se mecía el silencio y el silbido del viento.

Y sin embargo, al ver a esa mujer esperando en una esquina no pude evitar el correr de la melancolía por mis huesos. Creo que al verla sentí una profunda piedad, como si dos acontecimientos inmediatos en mi tiempo físico se hubiesen consagrado para fabricar algo especial. Luego, preso del enojo por dejarme sobrellevar por una tibia ternura, innecesaria en mi oficio, tan sólo por la apariencia de recuerdo y tardanza y letargo de una mujer, decidí que unos buenos pesos valían la pena de sacrificar mis deseos de solitaria introspección en medio del abandono dieciochesco de las viejas casonas de Tlalpan.

— “¿Qué rumbo lleva, señorita?”— le pregunté con amabilidad.

— “¿Podría usted llevarme al Panteón de Dolores, por favor?”— me contestó suavemente.

— “¡Cómo no, señorita! ¡Súbase!”

Prodigio de tristeza y casi como ausente, abrió la portezuela trasera y con el cuerpo inclinado se introdujo en el coche. Al verla más de cerca, pensé: “¡Caracoles, qué pálida está! Seguramente tiene alguna pena muy grande”. Luego, la observé en silencio. Había reclinado su cabeza sobre el asiento y tenía los ojos entrecerrados. Parecía cansada. ¿Dormía? No. A ratos, me miraba. Yo la observaba embelezado por su extraordinaria belleza, a través del espejo retrovisor. Estaba y no estaba allí. Sus manos entrelazadas dormían en la penumbra marchita. Toda ella parecía un sueño tímido y fragante nacido de mi propia soledad.

La luz del sol empezaba a permearse entre la densa neblina, con la perfecta virtud de una mariposa que entre el encono y la ruptura va abriendo el capullo mustia de luz y de alba. Las pequeñas gotas de rocío que humedecían el aire también iniciaban su proceso de evolución hacia la disolución derribadas por el desprecio nocturno. En eso miré con el rabillo del ojo a mi pasajera a través

del espejo y tuve una sensación de espanto. El miedo me llevó a voltear rápidamente la cabeza, las sienes temblorosas. Había sido una equivocación. Allí estaba. En el abandono parecía no mirar hacia ningún sitio definido. Lo que me importaba era que estuviera allí. No lloraba. Parecía un sueño herido, furtivo y secreto. Volví mis ojos nuevamente al espejo y mi estómago se apretó, esta vez, como consecuencia del terror, arrojándome de golpe a las turbias habitaciones de esta negra ciudad, al muerto arrojado en alguna zanja porque nuestra cotidianeidad está vestida de acero, sangre y sudor fastidioso.

Me santigué sin más. Mi ademán fue casi un acto de sobrevivencia instintiva. Yo sentía su presencia, su perfume. . . y al voltear mi rostro, su cabellera seguía el curso de sus hombros hasta la mitad del tórax. Pero me aterraba la idea de que su físico no se reflejase para nada en el espejo. "Ave María Purísima", me dije y empecé a rezar el Padre Nuestro. Traté de calmar mi ansiedad y quise entablar una conversación ligera con ella. Mi intención era calmarme calmándola a ella. Con tono respetuoso y serio le pregunté:

"Disculpe usted, señorita, no quiero parecer un entrometido, pero . . . para ser franco con usted, señorita, pues verá usted, quería preguntarle, sin ofenderla, claro, si se le ha muerto alguien. . ."

— "¡Ay, señor! ¿Qué puedo decirle? ¡Mi pena es demasiado grande! Enseñada, inclinó su rostro de modo que su propio cabello me lo ocultó, y no pude ver si lloraba o no. Sus rasgos guardaban, no obstante, la serenidad lograda con mucho esfuerzo, luego de haber sentido la ansiedad y la concientización de todo lo inhumano, la meditación de lo ilógico y absurdo al final de su itinerario, cuando todo renace en todo el resplandor de la diversidad, cuando la desesperación permanece en la total lucidez de la noche polar de la mente en vigilia. Se me antojaba, en esos momentos, poder ser un pintor para plasmar esas facciones en un lienzo. No, no. Era mucho mejor esculpirlo. Pero la genialidad de una *Pietà* como la de Miguel Angel no abundaba y yo me sabía totalmente inexperto para esos menesteres. Así que me dejé llevar por mis sentimientos de ira, cuando un borracho, bamboleándose, quiso aprovechar un alto para cruzar la avenida y para no caerse se dejó ir sobre el cofre de mi vehículo. En ese momento me sentí harto del cinismo y la cobardía que acompañaban mi lucha por el pan diario. El día de hoy se me empezaba a dibujar como una jornada extraña, agazapada entre los grises de las nubes y los contratiempos.

Así, miraba absorto a los pocos transeúntes que caminaban de prisa a sus trabajos llevando consigo su hervidero de envidia. Sabía que el día de hoy iba a ser diferente al día de ayer. Pero si uno lo piensa bien, cada día es distinto



al anterior, porque no hay dos acontecimientos iguales en forma consecutiva. Prefería mirar el asfalto que mirar el espejo. Me daba miedo volver a constatar que mi pasajera no se refleja en él. No pude explicar el porqué de mi insistencia en querer ver su reflexión de extremada melancolía. Tampoco quería importunarla con más preguntas, después de su actitud de hacía un rato. Miré nuevamente hacia la calle. Esa superficie que nos hace latir y respirar vicios, insultos y toda la vulgaridad del mundo. Observándola, casi no me había dado cuenta que subía ya por la gran avenida de Constituyentes y nos acercábamos al panteón. Dos cuadras más y estaríamos frente a la enorme reja de la entrada, siempre atestada de vendedores ambulantes de todo tipo: ceras, veladoras, flores de cempasúchil, claveles y otras flores blancas y moradas. Este era un hervidero de virtudes deshechas al cabo de una hora. En el aire se sentía un hedor particular. A veces, parecía impregnado de incienso, pero las más de las veces, quizás por nuestra asociación con el lugar y los cuerpos que llegan al camposanto, yo decía que siempre había algo muy peculiar en el olor de muerto. Las gentes cuando se mueren se ven y se sienten de otra forma. Y este sentimiento no provenía, en forma alguna, de un temor a la muerte. Al contrario. El camposanto era un páramo sofocante, porque me recordaba que no somos otra cosa que tránsito.

Ya frente al portón, detuve el vehículo. Con la soltura de que era capaz volteé la cabeza y le dije a mi viajera:

—“Hemos llegado señorita, son setenta pesos”.

Inmediatamente después de haberle dicho lo que le iba a costar la dejada me arrepentí. Estaba tan pálida y se veía tan desvalida que no puede evitar sentirme como un miserable; pensar en dinero cuando otros sufren. La sombra fría de la calle empezaba a inyectarme una melancolía que no deseaba sentir, porque yo tampoco quería pensar en los seres queridos que había dejado atrás, unos cuantos años antes.

De repente, con una leve y candorosa sonrisa, la señorita me miró mientras descendía del automóvil. Dando unos breves pasos se colocó frente a la portezuela delantera opuesta al volante y con un tono dulcísimo me dijo:

—“Discúlpeme usted, señor. Con las prisas no traje mi bolso. Si va usted a la dirección que marca esta tarjeta, allí le pagarán por el servicio y estoy segura que hasta recibirá una gratificación”.

Me puso en la mano una tarjeta amarilla y sin más se alejó con pasos ágiles, pero firmes.



Miré la tarjeta y leí: “Eréndira Gómez de la Piedra”. En la parte inferior derecha había una dirección. No había teléfono. “Serás un tonto”, pensé; “mira que dejar que te tomen el pelo así. . . “La dirección que aparecía en la tarjeta coincidía con el sitio donde la había recogido. Guardé la tarjeta en la guantera del coche y sin darle más vueltas al asunto, me fui a desayunar.

Tres días después, casi sin darme cuenta, entre vuelta y vuelta, me encontré frente al lugar donde recogí a mu curiosa pasajera. Saqué la tarjeta y me dije: “quién quita y a lo mejor no me mintió. Después de todo, no hay peor lucha que la que no se hace”. Presuroso y con algo de nerviosismo me dirigí al cruce para darme la vuelta y después comprobar el número de la tarjeta con el de la vieja casona que tenía un portón de madera enorme y bastante antiguo. Paré el automóvil a un lado de la casa. Y lleno de curiosidad y temor al mismo tiempo me dirigí al portón. Toqué con la enorme aldaba de bronce y aguardé con impaciencia. Creo que en esos instantes, mi deseo interno era volver a ver a aquella hermosa y tristísima rubia. Me hubiera gustado que ella misma me abriese la puerta y me diese esa sonrisa de Madonna renacentista. Pero no fue así. A los pocos segundos oí pasos al otro lado de la puerta. Unos instantes después el portón se abría con un fuerte rechinar de sus goznes. Delante mío se encontraba un hombre alto, no muy corpulento, vestido de oscuro. Un par de ojos desencajados sobresalían en su rostro delgado y su mirada era más bien dura.

—“¿Qué desea usted?”, me dijo fríamente.

—“Señor, verá usted. No es fácil explicarlo”, dije yo casi tartamudeando.

—“¡Hable! No tenga usted temor alguno”, me interpeló con una voz pausada, pero había algo en el tono con que dijo esas palabras que me calmó.

—“Pues verá usted. Hace tres días, a las seis de la mañana , recogí en esta misma avenida a una señorita esbelta y rubia, vestida de negro y me pidió que la llevara al Panteón de Dolores. Al llegar al cementerio me dijo que aquí, en esta dirección; se me iba a liquidar el servicio. Así que. . . pues. . . con mucha pena, señor, pero he venido a cobrar la dejada”.

—“Hizo usted bien en venir, amigo mío”. Enseguida recogió la tarjeta de mi mano y con una gran desesperación dibujada en el rostro agregó: —“Lo que voy a decirle le va a parecer muy extraño, pero da la casualidad de que usted es la tercera persona, en el transcurso de cinco días que viene a esta casa, y me cuenta la misma historia.”

Lo que pensé fue que el tipo estaba buscando una excusa para no pagarme y que todo ese preámbulo no era más que un pretexto. Pero no fue así. En un ademán rápido, el dueño de la casa sacó una cartera de cuero negro. La abrió y pude ver enmarcada en una de sus alas, el retrato de mi pasajera. Le indique que esa era la persona a la que yo le había hecho el servicio. Con voz cortada, el señor me dijo: "Ya lo sé, amigo". Acto seguido sacó un billete de cien y luego otro de cincuenta y me preguntó: —"¿Esto será suficiente para cubrir todas las molestias que le ha ocasionado mi hija".

—"Por supuesto, señor. Gracias".

Luego, entre dubitativo y falto de confianza me dijo:

—"Hay algo que quiero pedirle como un favor especial".

—"Usted dirá, señor." Le contesté intrigado.

—"Le ruego encarecidamente que no comente usted con nadie los detalles de esa dejada. Con nadie, me entiende. Con nadie". Había en su voz una angustia inexplicable. Después de un segundo agregó: —"Verá usted, quiero que entienda que no se trata de un simple capricho".

—"Por supuesto que no", contesté.

—"Lo que pasa es que. . .", respiró profundamente y como el agua de un manantial, me dijo atropelladamente: —"Mi hija falleció hace quince días. Usted es la tercera persona que dice haberla visto y haberle hecho un servicio de taxi desde aquí hasta el panteón de Dolores; dejada que no pudo haberse realizado. No sé como explicarme estos sucesos. No sé que es lo que está pasando. . ."

Preso del mismo miedo que me había sobrecogido cuando no había visto el reflejo de mi pasajera en el espejo, le pregunté:

—"¿Por qué me paga usted, entonces?"

—"No lo sé. Creo que ni usted ni sus otros dos compañeros me han mentado. No tengo una explicación lógica de todo lo que esto quiere decir, por eso le pido que olvide usted a mi hija y no vuelva a mencionar siquiera su nombre. Le pago porque pienso que tal vez así su ánima logre descansar en paz y me de la serenidad. . ."

Con un "no se preocupe usted, señor", me despedí y me dirigí al coche, preguntándome si en verdad había yo hecho un servicio de taxi al panteón de Dolores o había yo soñado a mi pasajera.

